

á dibujar el cuadro espantoso que ofreció esta ciudad en su obstinada defensa. El hambre que se padeció fué tal, que segun Valerio Máximo se salaban los cadáveres para que pudiesen alimentar á los que aun sostenian el peso de las armas..... (4). Apartemos la vista de las repugnantes escenas de aquella heróica barbarie. Pompeyo destruyó la ciudad, y degolló con crueldad menos heróica, pero no menos bárbara, el resto de sus infortunados habitantes. Con la destruccion de Calahorra, acabó de sometérsele la España.

Pompeyo y Metelo fueron á Roma á compartir los honores del triunfo. Así acabó la famosa guerra de Sertorio.

(4) Val. Max. lib. VII. cap. 6.

CAPITULO V.

JULIO CESAR EN ESPAÑA.

Desde 73 antes de J. C. hasta 48.

Primera venida de César á España.—Vuelve en calidad de pretor.—Carácter ambicioso de César.—Su crueldad con los habitantes del monte Herminio.—Va á la Coruña y á Cádiz.—Ley para corregir la usura en España.—Enormes riquezas que saca de la Península.—Vuelve á Roma y compra con ellas la dignidad consular.—Primer triumvirato romano.—Triunfos de César en las Galias.—Pasa el Rubicon, y va á Roma contra Pompeyo.—Se hace dictador.—Viene tercera vez á España.—Asombrosa campaña en que vence á Petreyo y Afranio.—Somete tambien á Varron en la Bética.—Hace á todos los moradores de Cádiz ciudadanos romanos.—Vuelve á Roma, y se hace otra vez dictador.—Gobernadores de España.

Sosegada España despues de la guerra de Sertorio, aunque no tranquilos los ánimos, sino reprimidos hombres y pueblos bajo la férrea autoridad de los pretores, ningun acontecimiento notable que la historia haya transmitido ocurrió por algunos años sino la venida de Julio César (69), que hubiera pasado tambien desapercibida, puesto que era entonces un simple cuestor militar, si este personage no hubiera estado destinado á desempeñar tan gran papel en Es-

paña y en el mundo. En esta ocasión se dejó ya revelar su grande alma; no con hechos brillantes, sino con una que podríamos llamar heroica flaqueza.

Visitando los pueblos en ejercicio de su cargo llegó á Cádiz, y habiendo visto en el famoso templo de Hércules el busto de Alejandro el Grande, dicen que lloró contemplando que á la edad en que Alejandro había conquistado ya un mundo, él no había hecho nada memorable ⁽¹⁾. Sin embargo, no se había ocultado ya á la perspicacia de Sila ni la ambición ni los altos pensamientos de César, puesto que antes de esta época había dicho ya de él: «este jóven llegará á ser otro Mario.» Nada hizo entonces en España digno de especial mención. Ansioso de buscar ocasiones en que ganar gloria, regresó á Italia, donde fué obteniendo diferentes magistraturas.

Nueve años despues volvió á España ya en calidad de pretor (60). Ya entonces era conocido tambien su celebre dicho, cuando al pasar por una miserable aldea de los Alpes dijo á sus amigos: *«Mas querria ser el primero en esta aldea que el segundo en Roma.»* A un hombre que venia poseido de tan elevadas y ambiciosas miras, no podia contentarle el estado de quietud en que encontró á España. Necesitaba, si no le habia, discurrir un pretesto que le proporcionára medio y ocasión en que desarrollar la actividad de su

(1) Sueton., in Vit. Cæsar.

genio y en que adquirir méritos para ir conquistando aquella soberanía, aquel primer puesto que tan anticipadamente ambicionaba. Diéronsele, á falta de otro, los habitantes del monte Herminio (sierra de la Estrella), de quienes supo que acuartillados inquietaban las comarcas vecinas de aquella parte de la Lusitania, y á quienes escusado es decir que calificaba de bandidos y salteadores. Fuése, pues, contra ellos al frente de quince mil hombres, y socolor de que sus casas eran unas guaridas perpétuas de ladrones, las hizo derruir obligándolos á abandonar la montaña y establecerse en las llanuras, degollando á los que rehusaban obedecer y persiguiendo á muerte á los fugitivos. Algunos de estos montañeses, hijos de los que tan temibles se habían hecho á Roma con Viriato y con Sertorio, lograron en su fuga ganar una de las pequeñas isletas de la costa de Galicia frente al puerto de Bayona, donde se creyeron seguros de las lanzas romanas. Pero habiendo observado César lo bajas que estaban las aguas por aquella parte, en balsas que al efecto mandó construir despachó un destacamento de sus tropas á la isla. Sobrevino luego la subida de la marea y se llevó las balsas. No les hicieron falta á los soldados romanos para volver; los herminienses los habían degollado á todos; uno solo quedó con vida, Publio Sceva, que salvándose á nado pudo llevar á César la noticia del desastre. Irritado el pretor con tan humillante golpe, pidió una flotilla á Cádiz, y

embarcándose en ella con bastante gente, acabó con todos aquellos infelices, que el hambre tenia ya flacos, estenuados y sin fuerzas para defendérse. Asi comenzaban su carrera en España todos los generales romanos.

Costeando desde allí César por el litoral de Galicia, arribó al puerto Brigantino (hoy la Coruña), cuyos habitantes, acostumbrados á navegar en botes ó barcas de mimbres forradas con pieles, se sorprendieron grandemente á la vista de las naves romanas, con sus infladas velas, sus altos mástilés y sus adornadas proas, asi como con las brillantes armaduras de los guerreros que en ellas iban: dejaron sin dificultad desembarcar los soldados, y sobrecogidos de una especie de estupor religioso, se sometieron á César.

Volvióse éste desde allí á Cádiz, sin emprender nuevas conquistas: ni el pais le daba ocasion para ello, ni le interesaba entonces tanto conquistar como adquirir dinero. César ofreció en aquella sazón un ejemplo de cuánto es mas fácil hacer leyes para reformar á otros que aplicarse la reforma á sí mismo. Dió una ley para refrenar la usura que en aquel tiempo ejercian los ricos con escándalo en España. Habíanse arrogado el derecho de despojar á los deudores de sus tierras, que ellos tampoco cuidaban de cultivar, con gran detrimento de la agricultura. César prohibió la expropiacion forzosa por deudas, y limitó los derechos de los acreedores á las dos terceras partes de los pro-

ductos de las fincas hasta la total estincion de los débitos. Con esto hizo un gran bien á las clases pobres. Pero hubiérale hecho mayor á toda España si él no se hubiera dado tanta prisa á amontonar riquezas. Cuando le fué conferido el gobierno de la Península, habia estado él mismo detenido en Roma por las reclamaciones de sus acreedores, á quienes debia la enorme suma de ochocientos treinta talentos de oro (que equivalian á muchos millones de reales), sin poder partir hasta que el opulentísimo Craso hubo de salir por fiador suyo. Cuando volvió á Italia, es decir en menos de dos años de pretorado en España, no solo llevó lo bastante para solventar sus deudas, sino que le quedó aun para ganar con larguezas gran número de amigos que le eleváran al consulado.

Obtuvo, pues, la dignidad consular (59), que prefirió á los honores del triunfo. Roma se hallaba dividida en dos bandos que capitaneaban Craso y Pompeyo. César supo ganarse la voluntad de ambos, y entre los tres se formó el primer triumvirato de que hace mencion la historia romana. El senado elogió grandemente á César por haber dado fin á una rivalidad tan peligrosa para la república. Solo Caton comprendió que Roma habia perdido su libertad. En efecto los triumviros se hicieron dueños de la direccion de los negocios públicos, y Caton y Ciceron que se atrevieron á alzar su voz contra ellos, no hicieron sino esponerse á su venganza. César, para mejor asegurarse

la amistad de Pompeyo, le dió en matrimonio su hija Julia. Todos tres habian estado en España: Pompeyo y César como generales: Craso, proscrito en tiempo de las guerras de Sila y Mario, habia hallado en España una hospitalidad generosa, á que por cierto no habia correspondido con gratitud (1).

Trascurrido el año consular de César, y distribuido el mando de las provincias entre los triumviros, partió César para las Galias y la Iliria, cuyo gobierno le habia tocado: Craso tomó el de Egipto, la Siria y la Macedonia; Pompeyo el de España. Los brillantes triunfos de César en las Galias le afirmaron mas en su pensamiento de hacerse el soberano de la república. La muerte de Craso (67) disolvió el triumvirato, dejando ya solos frente á frente á César y Pompeyo. Amigos en la apariencia, pero rivales y enemigos en el fondo de su alma, el lazo de Julia, á quien ambos amaban tiernamente, el uno como padre, como esposo el otro, era el que los habia mantenido anteriormente unidos. Murió Julia, y cesó ya entre ellos

(1) Habia estado ocho meses oculto en una gruta, entre Ronda y Gibraltar, perteneciente al rico español Vivio Pacieco, el cual le prodigó allí toda clase de auxilios con la mayor solicitud y esmero. Cuando la suerte se volvió del lado de su partido, salió de la gruta, y con algunas tropas de su bando devastó el mismo pais que le habia servido de asilo. Málaga, que habia estado un poco remisa en satisfacer un pedido suyo, fué inexora-

blemente saqueada. Por estos medios se hizo Craso el mas opulento de los romanos. Asi no es extraño que pudiera dar un día á todo el pueblo romano aquel célebre banquete en que hizo distribuir á cada convidado todo el trigo que podria comer en tres meses. Cuando murió en la guerra contra los parthos un ciudadano romano hizo echar oro derretido en su boca para insultar su avaricia.

todo miramiento y consideracion. Y como ambos aspiraban al mando supremo de la república, y ni Pompeyo sufría superior ni César sufría igual, pronto estalló la enemistad de un modo estruendoso y fatal para Roma, fatal tambien para España, que tuvo la desgracia de ser elegida teatro de sus sangrientas contiendas como luego vamos á ver.

Pompeyo se habia quedado en Roma, rigiendo desde allí la España por medio de sus lugartenientes. Primero llegó á ser nombrado cónsul único: despues influyendo para que se nombráran cónsules enemigos de César, logró un decreto del senado mandando á César que resignára el mando del ejército. Contestó César que obedecería á condiccion de que se obligára tambien á Pompeyo á renunciar el mando del que en Roma habia levantado contraviniendo á las leyes. El senado repitió la órden á César, intimándole que si no obedecía, seria declarado traidor á la patria. Comprometida y delicada era la situacion de César: reflexiona, medita sobre ella y sobre los males de una guerra civil; pero dueño de las Galias, contando con un ejército aguerrido, victorioso y adicto á su persona, y con un partido numeroso que á fuerza de oro habia ganado (que para esto le servia el oro de España y de las Galias), opta por la guerra: «*la suerte está echada.*» dice; y pasa el Rubicon (1). Grande fué la consterna-

(1) Este paso del Rubicon adquirió tanta celebridad, porque

cion de Roma. Ciceron habia preguntado á Pompeyo con qué fuerzas contaba para detener á César: «*Me basta, respondió el presuntuoso romano, sacudir con el pié la tierra para hacer que broten legiones.*» Al saberse la aproximacion de César, le dijo Favonio: «*Ea, gran Pompeyo, da un golpe en la tierra, y haz que salgan las legiones prometidas.*» Mas lo que hizo Pompeyo fué huir de Roma, olvidándose con la premura hasta de recoger el tesoro público, de que supo aprovecharse muy bien César. Retirado Pompeyo á Dirraquio, quedó César de dictador en Roma (49).

España va á ser el campo en que los dos grandes hombres se disputarán el imperio del universo. César encomienda á Marco Antonio la defensa de Italia, y él determina venir á España á combatir aquí á los generales de Pompeyo.

En todo el tiempo que habia mediado desde su estancia como pretor, España habia estado pacífica con la paz de los oprimidos. Solo en el año 55 una gran muchedumbre de cántabros, llamados por sus hermanos y vecinos de las Galias, habian ido á darles socorro, conducidos por acreditados y valerosos gefes que habian hecho la guerra con Sertorio. Pero esta expedicion habia sido tan infortunada, que en ella ejecutaron los romanos una de aquellas carnicerías horribles con que hace estremecer la relacion de

habia un decreto que declaraba que pasára con tropas armadas es-
enemigo de la patria al general te pequeño riachuelo.

las guerras de la antigüedad. Treinta y seis mil dicen que murieron (1).

Desde entonces volvió á quedar tranquila. Viene ahora César con formidable ejército, dividido en dos grandes cuerpos, uno al mando de Fabio, por los Pirineos, otro por la costa, regido por él en persona. Los dos generales de Pompeyo, Afranio y Petronio, debian interceptar el paso á Fabio, mientras Varron desde Cádiz habia de enviar una flota contra César. Pero Varron faltó, y Fabio atravesó los Pirineos sin obstáculo, y César desembarcó en Ampurias y tomó la vuelta del Ebro. Fabio acampó en la confluencia del Segre y del Cinca. Los pompeyanos lo hicieron en una colina á trescientos pasos de Lérida. Despues de algunos encuentros parciales llegó César con novecientos ginetes, y formó el proyecto de incomunicar al enemigo con la ciudad. Empeñóse con este motivo un recio combate, en que despues de haber perecido muchos soldados de César, logró todavía su ejército rechazar á los de Pompeyo y empujarlos hasta cerca de Lérida. Pronto conocieron que habian avanzado mas de lo que convenia. Una nueva fuerza de pompeyanos, la mayor parte españoles, cargó sobre ellos, y rompiende sus filas recobró la posicion disputada (2).

(1) César, de Bell. Gall. lib. III. una táctica singular: lanzábanse

(2) «Los soldados de Afranio con impetuosidad sobre el enemigo, apoderábanse atrevidamente de una posicion, y sin guardar fi-

Sobremanera apurada llegó á ser la situacion de César. Encerrado con su ejército entre dos rios, el Cinca y el Segre, cuyas aguas acrecidas con las abundantes lluvias de la primavera, arrastraron con violencia los puentes y le cortaron toda comunicacion, parecia de hambre viendo llegar á la opuesta orilla los carros de vituallas y municiones que de la Galia le enviaban, sin poder aprovecharse de ellos, y con riesgo de que cayeran en poder del enemigo. En tan crítica situacion, otro general de menos recursos que César, hubiera caido de ánimo. Mas él, haciendo construir apresuradamente unos ligeros botes, logró pasar el Segre con parte de sus tropas, por un sitio cuya vista encubrian á los enemigos las eminencias vecinas. Tomando luego posicion en un cerro, que fortificó, pudo echar un puente, por el cual pasó con la caballería, carros y tropas auxiliares de las Galias. Entonces toma la ofensiva y pone en fuga á los enemigos. En tan feliz ocasion, llegó la noticia de una victoria ganada por su escuadra sobre la de Pompeyo en las aguas de Marsella: difúndese la nueva por aquellas comarcas, y los lacetanos, ausetanos, cose-tanos é ilerconvones, que hasta entonces se habian mantenido neutrales, ofrecen á César su amistad y le asisten con todo género de recursos. Otros pueblos

as combatian en pelotones. Si se veian obligados á ceder á fuerzas superiores, retirábanse sin bochorno, ni creyendo que hubiese honor en resistir temerariamente. Los lusitanos y demas bárbaros los habian acostumbrado á este género de combate. De Bell. Civ. lib. I.

del interior le envian igualmente diputados, manifestándole estar dispuestos á seguir sus banderas. Ya tenemos españoles militando en uno y otro partido: ¡lamentable ceguedad!

Con esto cambió completamente la situacion de ambos ejércitos. Los generales de Pompeyo resolvieron llevar la guerra á la Celtiberia, donde contaban mas parciales y esperaban poder sostenerse mejor: mas para eso tenian que cruzar el Ebro. Advertido de ello César, hace que su caballería, vadeando el Segre, pique la retaguardia del enemigo: al dia siguiente, la infantería pide atravesar el rio á nado: César aparenta concedérselo como una gracia, como quien contemporiza con el ardor del soldado, y el ejército ejecuta esta difícil operacion con el agua hasta el cuello, sin desgraciarse un solo hombre. Entonces persigue, molesta, acosa al enemigo por medio de hábiles combinaciones, de diestras maniobras y de evoluciones rápidas y sábiamente entendidas. Proponíase César economizar la sangre de sus soldados, y vencer sin empeñar batalla: su estrategia traia aturdidos á Afranio y Petreyo, que por todas partes se hallaban cortados; con fingidas retiradas los atraia á las posiciones que le convenian mas; seria difícil seguirle en todos sus movimientos. Reducidos los pompeyanos á una situacion casi desesperada, piden un armisticio y se les concede: peor para ellos; los soldados de uno y otro ejército se mezclan, fraternizan y se van de-

jando seducir de los cesarianos; nóvalo Petreyo, y ejecuta crueles castigos en los débiles y arenga enérgicamente á los demás. Comprenden entonces ambos generales la necesidad de variar de plan, é intentan retroceder á Lérída: César los sigue, los envuelve y los hace detenerse á mitad de camino, donde pasan tres dias faltos de agua y de víveres, y sin poder moverse ni atrás ni adelante; intentan forzar las líneas de César, pero estenuados de hambre y de sed, tienen que rendirse; piden capitulacion, y se les concede bajo juramento de que regresarian á sus hogares para no volver á empuñar las armas contra César, y que los españoles se retirarian libremente á sus casas. Las condiciones fueron aceptadas y cúmplidas.

Asi terminó la primera campaña de César contra los generales de Pompeyo, casi sin efusion de sangre. La habilidad que desplegó en ella realzó al mas alto punto su fama de gran capitán.

Fuéle aun mas fácil la segunda. No quedaban ya en España mas fuerzas pertenecientes á Pompeyo que las que mandaba Varron en la Bética; en todo, sobre veinte y cinco mil hombres. Habia hecho Varron construir muchas naves en Cádiz y Sevilla, y preparóse á todo evento, trasladando á la casa del gobernador los tesoros del templo de Hércules Gaditano. No bastando esto á su codicia, exigió exorbitantes impuestos á las ciudades que sospechaba mas adictas á César, con lo que se atrajo, como era natural, la animadversion

de los pueblos. Suponiendo César muy fundadamente que con esto el espíritu público de aquellas provincias estaria muy inclinado á su favor, despachó al tribuno Casio para que invitára á las ciudades de la Bética á concurrir por medio de representantes á Córdoba, donde se hallaría él en determinado dia. Hiciéronlo asi la mayor parte de los pueblos, y César con seiscientos ginetes escogidos hizo su entrada en Córdoba, y recibió en audiencia, con aire ya de vencedor, á los magistrados de las ciudades.

Todavía intentó Varron un golpe de mano sobre Córdoba; pero la ciudad, contenta con su nuevo huésped, le cerró las puertas. Revolió sobre Carmoña, y halló que la guarnicion habia sido arrojada por los habitantes. Un cuerpo de cinco mil españoles le abandonó retirándose á Sevilla. Perdido estaba Varron; ni la posibilidad de huir le quedaba; no tuvo otro remedio que enviar un legado á César, ofreciéndole la sumision con la única legion que le quedaba: admitióla César á condicion que hubiera de darle severa cuenta de su conducta.

Vióse entonces en Córdoba una escena sublime, afrentosa para Varron, honrosa para César, consoladora para los pueblos. Congregó César la asamblea de los representantes; mandó comparecer á Varron, y allí públicamente á presencia de los diputados le pidió estrecha cuenta de las sumas que arbitrariamente habia exigido. César prometió solemnemente que seria

restituido todo á las ciudades despojadas, y dando gracias á los mandatarios por el buen espíritu que éstas en su favor habian manifestado, y ofreciéndoles su proteccion, despidióse de ellos dejándolos prendados de su generosidad y grandeza.

Desde allí pasó César á Cádiz, donde le esperaba igual acogida. Mandó devolver al templo de Hércules los tesoros estraidos por Varron, y promulgó varios edictos de utilidad pública. Deseoso de corresponder al buen recibimiento de Cádiz, declaró á todos sus habitantes ciudadanos romanos, distincion en aquel tiempo muy envidiada. Asi Cádiz, ciudad romana casi desde la espulsion de los cartagineses, acabó de romanizarse con este privilegio ⁽¹⁾.

Embarcóse seguidamente César para Italia en la misma flota construida por Varron, dejando por gobernadores de España á Lépido y Casio. A su paso por las aguas de Marsella conquistó esta ciudad que se le mantenía enemiga, despues de un sitio célebre que inmortalizó la patriótica musa de Lucano, y de regreso á Roma fué nombrado dictador.

(1) Flor. lib. IV.—Dion. Cass. Oros. lib. VI.—Cæsar, de Bell. XLI.—Plut. in Vitt. Cæsar.—Civ. lib. II.

CAPITULO VI.

CESAR Y LOS POMPEYOS.

Desde 48 antes de J. C. hasta 44.

Avidez del pretor Casio Longino.—Sublevaciones que produce.—Su muerte.—Famosa batalla de Farsalia entre César y Pompeyo, y sus consecuencias.—Cuádruple triunfo de César en Roma.—Los hijos de Pompeyo mueven de nuevo la guerra en España.—Viene César por cuarta vez.—Célebre batalla y sitio de Munda, en que César triunfa definitivamente de los Pompeyos.—Horribles crueldades del vencedor.—Muerte de Cneo Pompeyo.—Entrada de César en Córdoba.—En Sevilla.—Queda dueño de España.—Exacciones de César.—Despoja el templo de Hércules.—Vuelve á Roma.—Es nombrado emperador y dictador perpétuo.—Le erigen altares.—Reforma la administracion y las leyes.—Es asesinado.—Sexto Pompeyo se levanta de nuevo en la Celtiberia.—Transige el senado con él.—Fin de la guerra civil.

Tan encarnada estaba la codicia en los corazones de los romanos, que apenas volvió César la espalda, y no bien Casio Longino tomó posesion del gobierno de la Bética, olvidando la reciente leccion que César habia dado á Varron en Córdoba, comenzó á ejercer con tanto escándalo exacciones, rapiñas y extorsiones de todo género, que ya no solo á los españoles, sino á los romanos mismos se hizo odioso y execrable. Unos